

LA AURORA

AÑO I

San José de Costa Rica, A. C., viernes 27 de enero de 1905

Nº 62

SUMARIO

Meditación	Edgar
Por el Liceo	F. Ll. B.
El Lector	M. Gorki
El Pueblo y sus amigos	R. T.
Comentarios	
Higiene de los cabellos	Platen
Información	

Gerente: ROBERTO BRENES MESÉN

MEDITACION

Pasados ya los primeros barruntos de la agitación política en el país, todo ha vuelto á sumergirse en esa dichosa calma que es legítimo patrimonio de los costarricenses.

Por un momento salieron á la luz los candidatos posibles al solio del Poder. Se habló largo y tendido de ellos—ya con verbo resuelto y entusiasta, ya con frase insinuante y misteriosa—y luego los dejaron durmiendo nuevamente en ese fondo oscuro del olvido, en el que van cayendo y amontonándose los hombres que pasan sin dejar profundas huellas en el sentimiento de las multitudes.

Así jugamos siempre los costarricenses, como niños dichosos que rompen hoy con amargo desdén el juguete de la víspera, para volver á tomarlo mañana con mayor entusiasmo á pesar de sus roturas. Nuestro pensamiento voluble y caprichoso, se halla siempre á gran distancia de la sabia razón que rige eternamente los hombres y las cosas. La consecuencia nos es desconocida y la sanción que regula y protege la marcha de otras sociedades, no vivirá jamás en esta nuestra.

Porque somos lo más benévolos en cuanto los años ponen su tabique de manta en nuestra memoria, para separar del presente los malos recuerdos del pasado; así como somos de injustos y feroces contra los que á nuestras opiniones son contrarios, en los momentos en que un interés entrevisto en sueños muchas veces, nos pone al frente de una causa cualquiera.

Pasada la agitación que logra enardecer nuestra sangre tranquila, tornamos complacidos á esa querida indiferencia que es fría como las noches de diciembre. ¿Las ideas? ¿Los principios? Inauditas mentiras que nos sugestionaron un instante, ridículos desplantes de nuestra gran puerilidad. Todo lo olvidamos, lo traicionamos todo, quizá porque no lo hemos entendido. Y nuestro entusiasmo cambia rápidamente de giro, y se van tras el último acontecimiento ruidoso que arrastra por las calles el alado y pintoresco comentario.

Dichosa mil veces la oscura condición en que vivimos. A nuestros hombres eminentes no les exigimos otra cosa que un poquito de paciencia para sobrellevar nuestros violentos desahogos á cada trastada que cometan. Los que escuchan con resignación y callan con prudencia, tienen asegurada su glorificación en el futuro. Tal nuestra historia, tal nuestra manera de ser en la actualidad. Sólo hay una clase de hombres á los cuales guardamos eterno rencor: los que se elevan por su propio esfuerzo á gran altura despreciando el murmullo de nuestra admiración; los que no mendigan nuestro aplauso ni aman nuestras sonrisas cortesanas; los que en vez de adular nuestra miseria, la azotan implacablemente con el látigo de la verdad.

Por supuesto, que á la larga, quizás sea benéfica nuestra indolencia. Ella nos proporciona el lujo de esa tradicional cordura con que hacemos la boca agua á todas horas á nuestros vecinos revoltosos. Ella es sin duda la que genera ese progreso gigantesco de que nos vanagloriamos de continuo. Y ella es, en fin, la que nos hace buenos y sufridos.

Cantemos la inconsciencia, cantemos la pereza que dá á nuestra vida cierta y eterna venturanza.

EDGAR.

POR EL LICEO

Parece empeño firme el de nublarse con una crítica apasionada los

actos todos del profesorado del Liceo. Yo no dudo que allí falte unidad de criterios; capacidad, tacto y modestia en muchos profesores, pero esta diversidad de tendencias y de cualidades es inherente á los establecimientos costeados por el Estado.

La mala semilla que pudo haberse introducido en aquel santuario de la educación de nuestra juventud, debió haberse arrancado de cuajo, violenta y radicalmente.

Ciertas tolerancias son criminales. La integridad de los caracteres, y la fe en el apostolado á que por vocación se está consagrado, no permiten transigir con lo que se reputa incorrecto ó injusto.

“El Liceo” ha sido constantemente objeto de ataques y desconfianzas. Unalabor educativa — no puede emprenderse ni consolidarse sin la confianza recíproca entre educandos y profesores.

Ambiciones, odios, enemistades y rencores, han flotado siempre alrededor de “El Liceo”, talvez dentro.

No ha habido una “autoridad”, un hombre en quien todos ó buen número, hayan visto la figura sobresaliente digna de admiración. Esto es necesario decirlo para explicar el origen de aparentes contradicciones.

Y al “Liceo” como á toda institución de la importancia de ese centro, hay que llevar un núcleo de inteligencias bien dispuestas para el combate: de amplia mirada, de sereno criterio, de intachable moralidad, de profundo saber.

Ahora se ha querido tomar como arma de combate, las doctrinas explicadas por un profesor distinguido, á quien la amistad y el compañerismo nos veda enaltecer como merece.

La cátedra es sagrada. Los ideales que un espíritu ilustrado y de conciencia derrama, deben ser recogidos por la juventud deseosa de conocer la verdad. No importa que sean verdades extrañas, originales; no importa que destruyan añejos conceptos, seculares creencias, fantásticas tradiciones. Así formará el niño un criterio sacudido, base de especulaciones futuras en todos los aspectos del humano saber.

Si hay algo simpático en la labor de los últimos años del “Liceo”, lo es para mí esa renovación del gusto, en el arte, en las ideas y en los sentimientos que allí se ha dejado sentir.

No se si el plan de enseñanza ha sido bien ideado y mal ejecutado. Lo que me place consignar es que el “Liceo” está llamado á preparar soberbiamente á nuestra juventud, si en el próximo período se logra

llevar al profesorado “un hombre” que inspire general confianza y un círculo de maestros á quienes recomiende el talento positivo, la moralidad sin tacha y el amor á la profesión.

F. LLORET BELLIDO.

El Lector

“Las imágenes trazadas en estas obras permanecen vívidas, porque fueron animadas por el soplo de la inspiración; sus ejemplos y máximas serán inmutables á través de los siglos. Relampaguean en sus escritos la rabia y la cólera, ó resuenan el amor libre y sincero: no sobra en ellos una sola palabra. En estas fuentes abrevaste tu alma. Pero lo hiciste mal, porque tus predicaciones sobre la verdad y el amor resuenan falaces y en tono hipócrita, como si te violentaras para hablar. Así como la luna brilla con luz ajena; tu claridad es tristemente opaca; proyecta muchas sombras, alumbrando débilmente y no da calor. Eres pobre para dar á los hombres algo precioso y lo que das no es por el goce inefable de enriquecer la vida con la belleza de la palabra y de la idea, sino más bien para remontar tu contingente existencia al rango de fenómeno indispensable á tus semejantes. Das, para tomar aun más á la vida y á los hombres. Eres pobre para dar; eres sencillamente un usurero: das un grano de tu experiencia á cambio de los intereses que se te pagan. Tu pluma escarba superficialmente la realidad, desmenuza suavemente las pequeñeces de la vida; y si describes los ordinarios sentimientos de las gentes vulgares, lo haces abriendo tu espíritu á muchas verdades de orden inferior, siendo incapaz de crear una pequeña mentira que levante el alma. Sí; crees más útil escarbar las suciedades cotidianas, sin hallar en ellas nada más que diminutas y tristes verdades, testimonios de que el hombre es malvado, bestia, protervo, esclavo en absoluto del conjunto de condiciones exteriores, mísero é impotente por sí mismo. Talvez estés convencido de que ya te persuadistes. Así se ha vuelto tan frío de alma, tan obtuso de inteligencia! Contempla su imagen en tus libros, y éstos, si se escriben con el aplomo, que casi siempre confundís con el talento, hipnotizan algo al hombre. Mírase éste en tu pintura, y viéndose tan malo, no ve la posibilidad de hacerse mejor. ¿Puede tú mostrarle esta posibilidad? ¿Podrías hacerlo, cuando tú mismo eres. Pero no lo diré en gracia á que, escuchándome, no hallas manera de replicarme y disculparte. ¿No es así? Y así